

## EntreCRUZando los desTiempos...



Esé día, la vi. Su caminar ondulante de hembra, era inconfundible... Atravesaba muy serena, el viejo jardín del hospital por cerca de la fuente.

Revivieron de golpe veinte, treinta, o más años de recuerdos... Hubo un choque de emociones dentro mío, de profundas sensaciones y miradas que se negaban a rendirse, en el tablero de ajedrez de las voces y silencios. – *Pero... ¿Qué haces aquí? ¿Qué estas haciendo...? ¡Qué sorpresa y... qué alegría!*

Reencuentro, del pasado y del presente. Revivir del pasado, en el presente

Lidia. Había sido una antigua novia mía. Y yo, un antiguo novio de ella... por supuesto. Aunque ahora, ya no importaba demasiado. O si... Y al rato, estábamos brindando con abrazos, por haber sobrevivido a ese pasado recargado de ayer y recuerdos. Y mientras nos mirábamos, íbamos revolviendo de nuevo a ese ayer del pasado más ayer, en el café caliente del reencuentro, que a tomar nos fuimos.

De médica, apenas recibida, Lidia sintió que su destino estaba esperándola en cualquier otro pueblo perdido y olvidado, de la tierra bien adentro. En cambio yo, no... Quería quedarme en la ciudad. Y eso, al final nos separó.

Y a poco de charlar, comprendimos que en la gente que atendíamos, había demasiados parecidos y contrastes. Miserias y miserias que se ocultaban bajo la alfombra de las mil y una hipocresías, que se expandían como el aire del verano. Un perfume barato de mentiras, que intentaba tapar la podredumbre de miserias, enfermedades y pobreza. En el pueblo y la ciudad. Todo igual y todo... diferente.

Se había casado, divorciado y tenía dos hijos mayores. Parecido a lo mío... Alegrías, trabajos, esperanzas, fiestas y tertulias... pero siempre, siempre, en soledad. Soledad que le transcurría lento por la vida, entre los laberintos difíciles del alma, y que solo reverdecía en los combates diarios por el no perder lo poco que se había logrado. Igual, demasiado igual, que en la ciudad...

Angustia que se nutría del tomar conciencia, del darse cuenta del sinsentido irremisible de la vida... Tan sinsentido, que hasta nos daba risa. Y justamente eso, el que nos diese risa, era lo que le daba algo de sentido al sinsentido.

Esperanzas juveniles que se quedaron aferradas con simples alfileres. Cada tanto nos había soplado el viento fuerte. Un mal viento que ni siquiera alcanzaba a revivir aquellas esperanzas, que un buen día se volvieron marchitas hojas amarillas. La melancolía, me comentaba ella, se la pasaba en ese pueblo, bailoteando alegre en una fiesta interminable.

Aunque la memoria estaba queriendo deshacerse en las cenizas, bajo el fuego del olvido, las sombras de nuestras vidas se habían empeinado en cruzarse a cada rato.

Y a la tarde nos fuimos a caminar por las veredas del ayer. Los pájaros revoloteaban sobre el río de diciembre, tragándose a toda la luz de ese sol que a cada rato, insistía en esconderse tras las nubes grises. El cielo latía en su eternidad más absoluta, mientras se iba a jugar al infinito, buscando rescatar a eso que hay de muy eterno en cada uno de nosotros. Siempre habíamos pensado uno en el otro - nos confesamos -, como si al pensar, hubiésemos hecho presente a las ausencias.

Y a la mañana siguiente, amanecemos juntos en la misma cama... y desayunamos. Sin sorpresas. El arte se había muerto, ahogado, nadando en el mar de la inocencia. Nuestras afónicas voces se fueron perdiendo en el silencio de la eternidad más absoluta. Se abrió ante sus pies una ciudad siempre inconclusa, pero a la que ella miraba ahora ilusionada.- *Pero Lidia... ¿¿Como puede ser, que ahora no entiendas que la ciudad, es una reverenda locura...?!*

Siempre supe argumentar muy bien. En los pueblos, está la esencia al natural del ser humano. En los pueblos, las personas se conocen por sus nombres. En los pueblos, el ser humano enfermo no se reduce al simple número de una vulgar historia clínica. En los pueblos, la tranquilidad reemplaza a la vorágine y las prisas. En los pueblos, un médico es un médico...

De explicarle que estaba equivocada, en esa mañana me cansé. De querer volver a vivir en la ciudad, que estaba muy equivocada, intenté demostrarle y demostrarle. Que ahora yo, cansado y harto de ciudad, quería irme a terminar mi profesión en un pueblo perdido y olvidado, de la tierra bien adentro.

Simplemente, me miró horrorizada... Como quien mira a una piedra con la que ya se había tropezado varias veces. Y no me dijo más nada.

Quería quedarse en la ciudad y se quedó. Yo me fui a un pueblo perdido y olvidado, de la tierra bien adentro.

Y eso, al final, nos separó otra vez.

*Fin*